PADRES
ANTE TODO.

CUADRO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOSÉ SANCHEZ ARJONA.

Estrenado
en el teatro de Cervantes el 7 de Febrero de 1874.

Al Liceo Sevillano
El autor

SEVILLA.
IMPRENTA DE SURIÁ, CASTELLAR 23.
1874.

Al jóven y aplaudido poeta D. Manuel Cano y Cueto, su admirador y amigo,

El Autor.

PERSONAGES.	ACTORES.
MARIA.	Srta. D.ª Felipa Diaz.
ROSA.	« D.ª Celsa Fontfrede.
D. DIEGO.	Sr. D. Victorino Tamayo.
EL CONDE OROPESA. . . .	» D. Francisco Galvan.
RAMIRO.	» D. José Portes.
JUAN.	» D. Ricardo Mela.

La accion á la entrada de una aldea, en el reinado de Cárlos II.

ACTO ÚNICO.

Campo: á la derecha en primer término la casa de D. Diego, á la izquierda una posada; delante de la primera un banco de piedra. En el fondo montaña practicable en cuya cúspide habrá un pilar con la imágen de la Vírgen, y en la base una fuente con caño. Empieza á anochecer. (Entiéndase derecha é izquierda la del público.)

ESCENA PRIMERA.

JUAN Y ROSA.

ROSA. Ya he dicho que no te creo.
JUAN. Pero, mujer, ven acá.
No comprendes que eso es.....
ROSA. Solo la pura verdad:
y á mí no me la dá nadie;
Estás enterado, estas?
JUAN. Sí, mujer, pero si yó....
ROSA. *(Cada vez mas enfadada.)*
Quieres dejarme acabar?
Sé que quieres á Maria,
tu señorita.
JUAN. No tal.
ROSA. Esa que loca és ó nécia,
pues no hace más que rezar

por las noches á esa imágen,
y andar de aquí para allá
de dia, sola y suspirando,
sin querer á nadie hablar.
A mí me choca ya tanto,
que á veces ganas me dan
de arrancarle los cabellos.

JUAN. Bueno, bueno, aprieta, más.

ROSA. *(Adelantándose á él.)*
Y á tí tambien.

JUAN. *(Retrocediendo.)* ¡Caracoles!

ROSA. Sí, te voy á estrangular,
porque te odio y te aborrezco.
(Pausa corta.)

JUAN. Dime: has concluido yá?
Pues escucha.

ROSA. Nada escucho.

JUAN. Oye, y te convenceras
de que todo cuanto has dicho
es solo una necedad.

ROSA. *(Con marcada ironía.)*
Que quieres. Somos tan nécias
las muchachas del lugar....
Por eso te gustan tanto
á tí las de la ciudad.

JUAN. Cómo quieres que mi ama,
siendo dama principal,
se fije en un escudero?

ROSA. Casos mas raros se dan.

JUAN. Ella, que es de las primeras
de la corte....

ROSA. Pues muy mal
se conoce.

JUAN. La desgracia
obliga á veces....

ROSA. *(Con ironía.)* Sí, yá,

la desgracia. Pobrecita.

JUAN. Es cierto.

ROSA. *(Muy enfadada.)*
Eso es, truan,
ahora defiéndela tú.

JUAN. Pero, mujer, callarás.
Nunca nos entenderemos
si no me dejas hablar.
Si tú me ofreces ahora,
de que á ninguno jamás
has de decírselo, voy
á contarte la verdad.
Lo prometes?

ROSA. *(Con indiferencia.)* Como quieras.

JUAN. Pues bien, acércate acá.
Era don Diego un señor
dueño de un vasto caudal,
y tenia cien criados,
coches, palacios, y á más
gran influencia en la corte,
pues su real magestad
le queria con locura,
y de una manera tal,
que en pidiendo él una cosa,
hija, no habia mas que hablar.
Mas un dia un envidioso,
de esos que siempre de mas
se encuentran en todas partes,
de él dijo á su magestad
una porcion de calumnias,
y como el rey nuestro está
hechizado, y no distingue
lo que es mentira ó verdad,
se lo creyó tan de veras,
que lo mandó desterrar,
confiscándole despues

su magnífico caudal.
De la corte nos salimos,
los tres solos, nada mas,
y una vez en este pueblo
don Diego me dijo: Juan,
á nadie digas quien soy,
vé que mi tranquilidad
depende de tu prudencia;
pórtate como leal.
Yo solo á tí te lo he dicho,
para que no muelas más
con....

ROSA. ¿Piensas tú, que soy tonta?
Pues has pensado muy mal.

JUAN. Pero, mujer....

ROSA. Ya te he dicho,
que tú á mí no me la dás.

JUAN. ¡Ay! una mujer celosa
es una plaga social.
(Maria aparece en lo alto de la montaña.)
Me voy corriendo, que-ahí viene
y si acaso nos ve hablar,
vá á creer que te lo he dicho
todo.

ROSA. Mas quien?

JUAN. *(Señalando á Maria y entrando en la casa de D. Diego.)*
Ella.

ROSA. *(Llamándole.)* Juan.
No quiere que ella le vea
conmigo. Será verdad?
Me marcho, porque si no,
No me podré sugetar.
(Entra en la posada.)

ESCENA II.

MARIA, con traje de aldeana; desciende de la montaña, con un ramo de flores en la mano.

Lozanas y hermosas flores,
que exalais divina esencia,
al pensar en mis amores,
¡cuánto envidio, entre dolores,
vuestra efímera existencia!
Apenas brotais del suelo,
para cumplir vuestros fines,
os besan, con dulce anhelo,
los céfiros, que del cielo
os mandan los querubines.
Y la aurora al despertar
bella, hermosa y esplendente,
vuestra hermosura al mirar,
os ciñe rico collar
de las perlas de su frente.
Y si, manos alevosas,
vuestros tallos cimbradores
cortan, morís venturosas
en manos de las hermosas,
vuestras hermanas mejores....
Yo, en cambio, al mundo nacida
tan solo para llorar!
¡Ay, cuan amarga es la vida,
si está en el pecho escondida
la vívora del pesar!

ESCENA III.

MARIA Y D. DIEGO.

D. Diego sale por el lado de la posada y permanece un momento parado contemplando á María.

D. DIEG. Siempre llorando.
MARIA. Tener
que renunciar á su amor....
D. DIEG. ¡Ah! yo no tengo valor
para verla padecer.
(Adelantándose.) Hija.
MARIA. *(Corriendo á él)*
Estais mejor?
D. DIEGO. Si tal.
Me encuentro bien, hija mia,
pero...
MARIA. *(Con solicitud.)* Qué?
D. DIEG. Saber quería,
á mi vez, cual es tu mal.
MARIA. Nada tengo, padre amado;
antojos de tu cariño.
D. DIEG. No mientas.
MARIA. *(Turbada.)* Yo...
D. DIEG. No te riño.
Ven y siéntate á mi lado.
(Se sientan en el banco de piedra.)
Si es cierto que son antojos
de mi loca fantasía,
de qué nace, vida mia,
la tristeza de tus ojos?
Si ninguna causa estraña
maltrata tu corazon,
responde, por qué razon

el llanto tus ojos baña?
Soy yá viejo; la esperiencia
me dió muy sábias lecciones.
¡Para apreciar corazones
es, sin duda, una gran ciencia!
Tu corazon, hija mia,
sufre un pesar muy profundo.
¡Ay del alma, que en el mundo
se halla sola en su agonía!
Pero feliz, sí, dichosa,
la que encuentra en este suelo
otra, que con dulce anhelo
le consuele cariñosa.
Pues bien, prenda de mi alma,
no un padre mires en mí,
solo un amigo está aquí
que puede ofrecerte calma.

MARIA. Señor, vuestro empeño es vano.
Nada tengo, es ilusion.

D. DIEG. Tambien tiene corazon
este desdichado anciano.
Y aunque viejo y achacoso
hoy le ves, hija querida,
tambien cruzó de la vida
el ancho mar borrascoso.
Tambien vió alzarse en redor
jigantes olas de llanto;
y ha sufrido tanto, ¡tanto!
que yá goza en su dolor.
Maria, tú siempre buena
has sido para conmigo,
¿si soy tu mejor amigo
por qué me ocultas tu pena?

MARIA. Sí, sí, yo os quiero contar
este implacable quebranto,
y la causa de este llanto,

que en vano quise ocultar.
Sí, yo os mostraré la pena,
que está afligiendo á mi alma,
y que me roba la calma
y el corazon me envenena.
Un hombre, ha tiempo, en mi pecho
nacer hizo una pasion,
que inflamó mi corazon
hoy en lágrimas deshecho;
y una tarde, á mi pesar,
me despedí de él llorando,
porque me estaba llamando
mi deber á otro lugar.

D. DIEG. A donde?

MARIA. Aquí.

D. DIEG. ¡Hija querida!

MARIA. Cuando el Rey os desterró.

D. DIEG. Y no has vuelto á saber?

MARIA. Nó.
Pero él jamás me olvida.

D. DIEG. Y quién es, dime, ese hombre?

MARIA. Nunca, nunca os lo diré.

D. DIEG. Y por qué?

MARIA. Porque juré
callaros siempre su nombre.

D. DIEG. *(Aparte.)*
¡Ah! pensamientos traidores.
(En voz alta á su hija.)
Esa reserva conmigo....

MARIA. Ya os he dicho como amigo
lo que puedo.

D. DIEG. *(Con impaciencia.)* Esos amores,
acaso culpables....

MARIA. ¡Padre!

D. DIEG. Acaba.

MARIA. Mi amor es puro.

Yo os lo juro, yo os lo juro
por la sombra de mi madre.

D. DIEG. Por qué entónces no has querido
decirme su nombre? dí.

MARIA. Porque callarlo ofrecí
y he de cumplir lo ofrecido.

D. DIEO. Quien es digno y es honrado
jamás su nombre ocultó.

MARIA. Dejad que me asombre yo
al haberos escuchado.
Noble acaso no os juzgais
y honrado? decidme.

D. DIEG. Sí.

MARIA. Por qué pues el nombre aquí
con tanto afan ocultais?

D. DIEG. Olvidas que el favorito,
por torpe envidia, á mi Rey
hizo creer que á su ley
faltando yo, el gran delito
cometí de la traicion?
Qué me hizo desterrar,
y al mismo tiempo borrar
los timbres de mi blason?
Por él, por él, cual malvado,
tengo que ocultar mi nombre.

MARIA. Y existir no puede un hombre,
cual vos noble y desgraciado?

D. DIEG. Puede existir; es verdad.
Mas él solo es un traidor,
que quiere empañar mi honor.
Hija, escucha por piedad,
á este viejo, á quien el sér
debes; que te quiere tanto,
que al mirar correr tu llanto
llora cual débil mujer.

RIA. ¡Padre!

D. DIEG. Olvida esa pasion.
MARIA. No puedo.
D. DIEG. ¡Desventurada!
MARIA. ¡Si está su imágen gravada
dentro de mi corazon!
D. DIEG. Inútil será tu anhelo.
Nada lograrás.
MARIA. Sí, sí.
Mi madre vela por mí,
y la Vírgen, desde el cielo.
Sí, que en la noche callada,
al llorar mi desventura,
de esa imágen santa y pura
á los piés arrodillada;
cuando todo en derredor
es quietud, silencio y calma,
sueña embriagada mi alma
en un éxtasis de amor.
Y en el rayo de la luna,
que hiere mi frente, padre,
siento el beso de mi madre,
cual si durmiera en la cuna.
Y el eco de mi oracion,
que el viento vá repitiendo,
parece estarme diciendo:
premio hayará tu pasion.
(Pausa.)
Alguien se acerca, me alejo.
No quiero que vean mi llanto.
(Entra en su casa. D. Diego la sigue con la vista, hasta que desaparece.)
D. DIEG. ¡Y yo, que la quiero tanto!
¡Pobre viejo! Pobre viejo!

ESCENA IV.

D. Diego, solo.

¡Ay de mí! desventurado,
yo, que en mi hija cifraba
todo mi bien, que la amaba
cual nadie en el mundo ha amado:
hoy, al mirar su afliccion,
y al verla triste llorar,
siento en pedazos saltar
mi angustiado corazon.
Dios mio, por qué el destino
de maltratarme no cesa?
¡Ay de tí, Conde Oropesa,
si te encuentro en mi camino!
La esperanza de mi vida,
y lo que anhelo en mi saña,
es de tu cobarde hazaña
tomar venganza cumplida.
Tú, con villanas ideas,
despues que me deshonraste,
la hacienda á mi hija robaste.
Maldito, maldito seas.
(Entra en su casa.)

ESCENA V.

Oropesa y Ramiro, en traje de camino.

Ramiro. Valor, padre.
Oropes. Por ventura,
piensas que valor me falta?
Mi cuerpo por la fatiga,

tal vez, rendido se haya,
pero mi espíritu nunca
desfallece ni acobarda;
que si parece aflijirme
el peso de la desgracia,
no es el temor que me inspira
esa plebe desbordada,
si no el miedo de morir
sin poder hallar venganza
de un pueblo que me escarnece,
y de un Rey que no me ampara.

RAMIRO. Y qué ha de hacer?

OROPES. Boto á brios.
¡Cuándo se ha visto á un monarca
cobarde capitular
con la plebe amotinada!
Si es que no tiene poder
suficiente á refrenarla,
rompa en pedazos el cetro;
y la corona de España
antes convierta en cenizas
que consentir máncillarla.
Que deje de ser juguete,
que procure ser monarca,
y no servir de instrumento
vil, de pasiones bastardas,
de esos nécios partidarios
de Luis catorce de Francia.
Que se imponga á la nobleza,
que refrene á la canalla,
y recobre su poder
ó perezca en la demanda.
Yo, que por mi ingénio solo
ayudado y por mi audacia,
llegué atrevido á pisar
del réjio trono las gradas,

á mi antojo disponiendo
de los destinos de España,
solo de un hombre no pude
domar la altiva arrogancia,
mas á estas horas muy lejos
habrá muerto de su pátria.
Para gobernar á un pueblo
no se suplica, se manda.
(Pausa. Transicion.)
Aquí descansar podemos.
(Señalando á la posada.)
y al salir el sol mañana
saldremos para la Puebla,
donde Uceda nos aguarda,
á cumplir la dura órden
de nuestro *dócil* monarca.

RAMIRO. Como querais.

OROPES. *(Llamando.)* Posadero,
posadero.

ROSA. *(Dentro.)* Quien? Quien llama?

OROPES. Abrid pronto.

ROSA. Voy al punto;
Tenga una poca de calma.
(Abriendo.)
Dios os guarde.

OROPES. Y él á vos.
Decidme; teneis posada?

ROSA. Creo que sí; entren ustedes,
que allá dentro está mi ama.

OROPES. Vamos Ramiro.

RAMIRO. Ya os sigo.
(Aparte.) Altivo hasta en la desgracia.

(Entran en la posada y Rosa, que habrá salido con un cántaro, lo coloca en la fuente y al venir hácia el proscenio Juan sale de la casa de D. Diego acercándose á ella.)

ESCENA VI.

ROSA Y JUAN.

JUAN. Escucha, Rosa mia.
ROSA. *(Dándole un empellon.)*
Quita de enmedio.
JUAN. *(Aparte.)* Todavia le dura.
ROSA. Ya no te quiero.
JUAN. Mas....
ROSA. *(Con mal humor.)* Basta, ea.
JUAN. Si me muero por verte.
ROSA. Pues no te mueras.
No quiero que se burlen
de mí, has oido?
JUAN. Si es mentira.
ROSA. Es lo cierto.
JUAN. Quien te lo ha dicho?
ROSA. Ya no me quieres.
JUAN. ¡Ay que nécias, que nécias,
son las mujeres!
Si con tus muchas gracias
me vuelves loco,
si vales mas que pesas.
ROSA. *(Mirándole de reojo y sonriéndose.)*
Jesus, que tonto.
JUAN. *(Suplicando.)* No seas ingrata.
ROSA. Ya he dicho que me dejes.
JUAN. *(Siguiéndola.)* Pero....
ROSA. *(Dando una patada en el suelo.)*
¡Caramba!
(Pausa corta.)
JUAN. *(Aparte.)* ¡Ay Dios! cuando se enfada
pierdo el sentido.
Pero, mujer, escucha.

ROSA. Que basta he dicho.
JUAN. Si tienes unos ojos
como dos soles,
y unas manitas blancas,
que son....
(*Vá á cojerlas y Rosa le dá un bofeton. Juan se lleva la mano á la cara.*)
¡atroces!
(*Aparte.*) Dios soberano,
que bofeton mas limpio
que me he ganado.
(*Rosa coge el cántaro y se dirige hácia la posada.*)
JUAN. A donde vas, Rosita?
ROSA. A la posada.
JUAN. Quieres que lleve el cántaro?
ROSA. Te doy las gracias. (*Con desprecio.*)
JUAN. Oye... te quiero.
ROSA. ¡Dale!
JUAN. ¡Que ingrata!
ROSA. ¡Que majadero!
(*Desde la puerta de la posada, mirando á Juan, que se habrá quedado pensativo en medio de la escena.*)
Pobrecillo, al mirarle
le tengo lástima.
Es mentira, mentira,
él no la ama.
Por mí se muere.
La verdad es que he estado
bastante fuerte.
(*Váse.*)
JUAN. Así somos los hombres.
De hoy vida nueva,
ya no vuelvo á decirle,
con Dios siquiera.
(*Mirando hácia la posada.*)
Mas se ha parado;

me llama. Que demonios,
al agua patos.
(*Entra corriendo en la posada.*)

ESCENA VII.

MARIA, y luego RAMIRO.

Maria sale de su casa y, despues de recitar la quintilla, sube á la montaña arrodillándose delante de la imágen. Al mismo tiempo Ramiro sale de la posada, sin mirar hácia donde ella está hasta que el diálogo lo indique. La luna ilumina lo alto de la montaña.

MARIA. A la Vírgen á implorar
voy por él en mi oracion:
Ella tan solo, apreciar
puede el inmenso pesar,
que aflige á mi corazon.

RAMIRO. (*Saliendo.*) ¡Yo que tanto la queria!
¡Por qué pensamiento mio,
recuerdas en tu agonía
la imágen de la que un dia
arrebató mi alvedrío!
Podrá, sí, la suerte fiera
separarnos con rigor,
pero impedir que la quiera:
eso no.... porque eso fuera
el imposible mayor.

MARIA. (*De rodillas delante de la Vírgen. Ramiro al empezar esta plegaria dirige la vista á donde está ella.*)
Madre de Dios, madre mia,
tú, que sabes mi quebranto,
que comprendes mi agonía,
y me miras noche y dia

derramar acerbo llanto:
dígnate piedad tener,
vuelve á mi pecho la calma,
cese ya mi padecer,
y haz que pronto logre ver
al que adoro con el alma.

RAMIRO. (*Como luchando con dos ideas opuestas.*)
¡Es ella, mi bien, mi amor!
Pero... Imposible... Ella aquí?...
No puede ser. ¡Sí! El dolor
me está matando: valor.
(*Gritando.*) Maria.

MARIA. (*Levantándose asustada.*)
¡Quien!

RAMIRO. ¡Ella, sí!
Maria, Maria.

MARIA. ¡Quien!
Estoy soñando! Ramiro...
Eres tú?

RAMIRO. Sí, yo, mi bien.

MARIA. ¡Dios mio!

RAMIRO. Ven aquí, ven,
á mis brazos.
(*Se abrazan.*)

MARIA. Yo deliro.
¡Cuan dichosa soy al verte!

RAMIRO. ¡Que dulces son estos lazos!

MARIA. Dios se apiadó de mi suerte,
y apartó los de la muerte
para arrojarme en tus brazos.

RAMIRO. Mas cómo tú aquí?
(*Maria se lleva el pañuelo á los ojos.*)
No llores.

MARIA. Aunque mi pecho taladre,
yo vivo aquí entre estas flores
pensando en nuestros amores

y cuidando de mi padre:
al cual, su nombre ocultando,
le dejan vivir en calma,
mientras se muere penando,
y siempre, siempre pensando
en la hija de su alma.
Y tú, pensabas en mí?

RAMIRO. No te he olvidado jamás.

MARIA. Me quieres mucho?

RAMIRO. (*Con pasion.*) Sí, sí.

MARIA. Como yo te quiero á tí?

RAMIRO. No, te quiero mucho más.

MARIA. Yo, al iluminar mi frente
las estrellas de los cielos,
pensaba en tí dulcemente.

RAMIRO. En tanto que de tí ausente
Yo me moría de celos.

MARIA. ¡Celos tú, cuando te ama
tanto mi fiel corazon,
que devora ardiente llama!
¿No ves, no ves, cual se inflama
al fuego de esta pasion?
Mírame, mira estos ojos
bañados en triste llanto.

RAMIRO. Calma, por Dios, tus enojos.

MARIA. Los ves, los ves, están rojos.
¡Han llorado tanto, tanto!
Si tú mi amor comprendieras
y mi amante frenesí,
si, cual yo, tú me quisieras,
de nadie celos tuvieras,
ni me injuriaras así.

ESCENA VIII.

Dichos y luego Oropesa.

Oropes. (*Dentro.*) Ramiro.
Ramiro. (*Aparte.*) Mi padre. ¡Cielos!
Maria. Qué tienes?
Ramiro. Yo?
Maria. Habla, habla.
Estás pálido... Tú tiemblas.
Ramiro. (*Aparte.*) Es necesario.
(*A Maria.*) Oye.
Maria. Acaba.
Ramiro. Maria, mi pobre padre
ha caido en la desgracia;
el Rey le envia á la Puebla
de Montalvan, y mañana
yo debo marchar con él.
Maria. Dejarme....
Ramiro. No temas nada,
pronto volveré á tu lado.
Maria. Dadme fuerzas, Vírgen santa.
Oropes. (*Apareciendo en la puerta de la posada.*)
Ramiro.
Ramiro. Aquí estoy, padre.
Maria. ¡Su padre!
Ramiro. Sí, calla, calla,
No digas quien eres.
Maria. Pero...
Ramiro. No lo digas, si me amas.
Oropes. (*Acercándose.*)
Boto al demonio. Estás loco?
(*Reparando en Maria.*)
Que haces aquí en dulce plática
con esa....

RAMIRO. Padre.

OROPES. Con esa....

MARIA. Acabad: con esa dama.

OROPES. *(Con ironía.)*
Sois una dama? Pues nadie
al veros, así os juzgara.

MARIA. Si todos, cual vos, tan solo
en mi traje se fijaran,
dirian: que era una jóven
pobre, past ra y villana:
mas los que logran leer
en el fondo de las almas,
saben que noble he nacido,
si bien harto desgraciada.

OROPES. *(Con ironía.)*
Eres desgraciada?

MARIA. Mucho.

OROPES. Y podré saber la causa?

MARIA. Para qué? Historias agenas
suelen hacerse pesadas.

OROPES. Eres discreta.

MARIA. Lisonja.

OROPES. Y muy hermosa.

MARIA. Mil gracias.

OROPES. Quien eres, saber quisiera.

MARIA. Tanto lo anhelais?

OROPES. Sí.

RAMIRO. *(Aparte á Maria.)* Calla.

MARIA. No puedo. *(A Oropesa.)*

OROPES. *(Con marcada ironía.)*
Tu ilustre nombre
deshonrado acaso....

MARIA. Basta.

RAMIRO. Padre.

MARIA. No es de caballeros
injuriar así á una dama.

Mi sangre, Conde, es tan noble,
cual la del mismo monarca,
y nadie á mi padre á honrado
le aventajó, ni aun iguala.
La hija soy de Diego Andrades.

OROPES. ¡Que dices!

RAMIRO. *(Aparte.)* Desventurada.
Su imprudencia hoy ha deshecho
nuestra postrer esperanza.

MARIA. *(Con entusiasmo creciente.)*
Sí, la hija del valiente,
que merced á vuestra saña,
aquí, pobre y olvidado,
su triste existencia pasa,
agoviado por el peso
de su infortunio y desgracia.
¡Ah! si le viérais, cual yo,
verter torrentes de lágrimas,
él, el noble mas valiente,
que ha nacido en nuestra pátria,
y estrechándome en sus brazos
decir, con voz alterada;
«Cuando este anciano sucumba,
qué harás tú, prenda del alma,
sin una mano, que amiga
enjugue tus tristes lágrimas.»

OROPES. *(Aparte y conmovido.)*
Cielos, qué mágico encanto
encierran esas palabras?
¡Es que tambien soy yo padre,
y su infortunio me espanta!

MARIA. Si entonces pudiérais verlo....

OROPES. No prosigas. Calla, calla.

MARIA. Vergüenza, vergüenza os diera
de vuestra cobarde hazaña.

(Pausa.)

MARIA. (*Mirando hácia su casa.*)
Mi padre se acerca. Huid,
ocultaos.

OROPES. (*Con altivez.*) Aun ciño espada,
y tengo fuerzas bastantes,
para poder manejarla.

RAMIRO. ¡Qué decís!

MARIA. Por compasion,
reparad en mi desgracia;
qué mal os hizo ese anciano
para que vos?...

RAMIRO. (*Suplicando.*) Padre...

OROPES. (*Irritado.*) Basta.

MARIA. Si vos le matais yo muero,
y Ramiro que me ama
morirá tambien.

OROPES. ¡Qué dices!

MARIA. (*Sin oirlo.*)
Que no pueden nuestras almas
separarse.

RAMIRO. Padre mio,
ella es mi amor, mi esperanza;
la quiero mas que á mi vida,
la quiero mas que á mi alma,
y si vos, padre querido,
si vos la haceis desgraciada,
haceis infeliz por siempre
al hijo, que tanto os ama.
Oidme, por Dios, padre mio;
no aumenteis, nuestra desgracia,
no destruyais por piedad,
nuestra única esperanza.

OROPES. Ramiro.
(*Aparte.*) Ellos son jóvenes,
yo yá cubierto de canas.
¡Queriendo tanto á mi hijo

he de labrar su desgracia?
No; sean ellos felices
y muera yo.

MARIA. Por qué tarda?

OROPES. Nada temais que yo os juro...

MARIA. ¿Qué vais á hacer?

OROPES. *(Arroja la espada.)*
Ved mi espada.

MARIA. ¡Oh, cuan generoso sois!

RAMIRO. *(Abrazando á su padre.)*
¡Padre mio!

OROPES. ¡Hijo!

RAMIRO. ¡Ah gracias!

ESCENA IX.

DICHOS, D. DIEGO y luego JUAN Y ROSA.

D. DIEG. *(Apareciendo.)* Maria.

MARIA. *(Empujando á Oropesa.)* Huid.

OROPES. *(Con calma.)* No sé.

RAMIRO. Pero....

OROPES. Dios lo quiso así.

D. DIEG. *(Adelantándose.)*
¡Qué miro! ¡El conde!

OROPES. *(Con tranquilidad.)* Sí.

D. DIEG. *(Con íra.)* Sí.
Gracias á Dios que te hallé.

OROPES. Lo quiso mi mala suerte,
y pues tal es mi desgracia,
solo te imploro una gracia,
que no dilates la muerte
que anhelo en mi afan profundo.
Pues tu dicha hice pedazos
romper te toca hoy los lazos,
que me aprisionan al mundo.
Desterrado y perseguido

al fin me logras hallar;
¿por qué tardas en vengar
la ofensa que te he inferido?

D. DIEG. Sí, mi pecho ruge airado
pidiendo pronta venganza.
Hoy se cumple mi esperanza.
(*Ciego de ira saca la espada.*)

MARIA. ¡Padre! (*Deteniéndole.*)

D. DIEG. Aparta de mi lado.
Déjame franco el camino.
Voy á vengar mi deshonra.

MARIA. Vais á manchar vuestra honra
tornándoos en asesino.

D. DIEG. (*Al verlo desarmado.*)
Defiéndete.

MARIA. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!

D. DIEG. No quieras disimular
si el miedo te hace temblar.

OROPES. Miedo yo!

D. DIEG. Sí, miedo, sí.

OROPES. Miedo! Temblar! Vive Dios.
(*Coje la espada del suelo.*)
En guardia, pues, y á reñir,
hasta que aquí de existir
deje uno de los dos.

MARIA. (*Deteniendo al padre.*)
Mirad lo que vais á hacer.
¿No os avergüenza esta hazaña?
Quien en el débil se ensaña
jamás noble puede ser.
Si él os mandó desterrar
fiero, cruel é inhumano,
hoy vos, cual noble y cristiano,
enseñadle á perdonar.
Tened de mí compasion.
No mancheis, no vuestro acero.

Por lo mucho que yo os quiero
concededme su perdon.

D. DIEG. Cese tu queja prolija.

MARIA. No os conmueve mi dolor!
(*En medio de la desesperacion.*)
Ni sabeis lo que es amor,
ni quereis á vuestra hija.
Padre, mi felicidad
es el amor de Ramiro
y....

D. DIEG. Qué dices? (Yo deliro
¡Maldita fatalidad!)

OROPES. Acabemos yá.

D. DIEG. Sí, sí.
(*Aparte.*) Corazon, no dudes, no.

RAMIRO. (*Aparte.*) Para siempre sucumbió
nuestra ventura.

MARIA. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!
(*Arrojándose entre los dos que han comenzado á batirse.*)
¡Padre, Conde, por piedad!
Si hoy vuestra sangre verteis,
desgraciados nos haceis
por toda una eternidad.
Ved nuestros llantos prolijos;
enmudezcan vuestros lábios,
y olvidad mútuos agravios
por amor á vuestros hijos.
(*A D. Diego.*) Si no lo haceis, sobre vos
pesará mi desventura....
y mi llanto.... y mi amargura....
y la maldicion de Dios!
(*D. Diego deja caer la espada y abraza á su hija conmovido.*)

D. DIEG. ¡Hija! (*Pausa corta.*)
(*Al Conde.*) Grande fué mi encono

mientras poderoso has sido;
hoy, que te veo perseguido,
te compadezco y.... perdono.

RAMIRO. (*Queriéndose arrojar á sus piés.*)
Permitid me humille á vos,
en quien la nobleza brilla.

D. DIEG. (*Alzándole.*) Alza, hijo. La rodilla
solo se dobla ante Dios.

(*Juan y Rosa, aparecen en la puerta de la posada.*)

OROPES. Mal, don Diego, os conocia,
cuando os juzgué mi enemigo,
hoy sois el único amigo,
en quien mi pecho confia.
Para enmendar este error,
de que estoy arrepentido,
don Diego, la mano os pido
de vuestra hija.

RAMIRO. (*A D. Diego.*) Señor.

JUAN. (*A Rosa.*) Te has convencido ya? dí.

D. DIEG. (*Aparte.*) No sé lo que por mí pasa.

JUAN. Cuando con otro se casa...

ROSA. Es que no te quiere á tí.

RAMIRO. Responded. (*A D. Diego.*)

MARIA. (*Id.*) Calmad mi anhelo.

D. DIEG. Sed felices.

MARIA. ¡Padre! ¡Padre!

D. DIEG. Yo te bendigo, y tu madre
tambien lo hará desde el cielo.
Que al fin, tras duelos prolijos,
siente el alma alborozada,
que el ódio mayor es nada
ante el amor á los hijos.

FIN.